

LA NUEVA ATLÁNTIDA

Varios Autores

Título original: The New Atlantis
Traducción: Joaquín Adsuar Orte
© 1975 by Robert Silverberg
© 1977 Luis de Caralt Editor S.A.
Rosellón 246 - Barcelona
ISBN: 84-217-5109-3
Edición digital: Carlos Palazón
Revisión: Lex Luthor

ÍNDICE

Introducción, Robert Silverberg.

La nueva Atlántida (*The New Atlantis* ©1975) Úrsula K. Le Guin.

La sombra (*Silhouette* ©1975) Gene Wolfe.

Un momento de pura esencia (*A Momentary Taste of Being* ©1975) James Tiptree Jr.

INTRODUCCIÓN

Las tres historias que componen este libro no han sido publicadas anteriormente en forma alguna. Son tres de las obras más recientes de tres de los más excitantes y mejor dotados escritores de ciencia-ficción de la última década. Los tres podrían ser calificados de escritores «nuevos», pues realmente fueron casi desconocidos hasta los últimos años de la década de 1960-1970, cuando en unos pocos años lograron situarse en primera línea entre los más famosos escritores de esta especialidad literaria.

Aun cuando puede decirse que sus carreras literarias no han hecho más que empezar, todos son ya escritores maduros y hechos, quizá mucho más que la mayor parte de los escritores de ciencia-ficción nuevos. Tradicionalmente, los escritores de ficción científica comienzan su carrera tempranamente (Isaac Asimov, Ray Bradbury, Theodore Sturgeon, Frederick Pohl, C. M. Kornbluth, Paul Anderson, Robert Sheckley, James Blish y otros muchos consiguieron situarse en un buen lugar antes de cumplir los treinta años, algunos antes de los veinticinco), pero quizás uno de los aspectos más interesantes de la obra de Le Guin, Wolfe y Tiptree sea que los tres esperaron mucho antes de dedicarse a la ciencia-ficción, con lo cual lograron, en grado sumo, la capacidad de combinar la profundidad de visión y la experiencia del adulto con la habilidad y la capacidad literarias acumuladas en muchos años de amplias lecturas y con un acercamiento gradual a la maestría.

Con estos antecedentes, su aportación a la ciencia-ficción ha sido extraordinaria; y aquí, aprovechando la riqueza de detalles y el desarrollo narrativo que permite la longitud de una novela, han añadido nuevas y notables piezas a la brillante historia de sus éxitos literarios.

LA NUEVA ATLÁNTIDA

Úrsula K. Le Guin

Úrsula K. Le Guin vive en Oregón, pero nació y se educó en California. Su padre fue el gran antropólogo Alfred Kroeber y su madre, Theodora Kroeber, escribió un tratado famoso sobre la vida de los indios americanos, titulado Ishi in Two Worlds. Los primeros relatos de ciencia-ficción de la señorita Le Guin aparecieron en 1962 y su primera novela en 1966; pero fue la publicación de su novela The Left Hand of Darkness, en 1969, la que la situó en un lugar destacado entre las figuras más importantes de la moderna ciencia-ficción. Esa novela recibió los premios Hugo y Nébula como la mejor novela del año — una doble recompensa raramente conseguida— y se reconoce todavía como un clásico en su especialidad, que figura destacado en la lista de obras ofrecidas a los estudiantes en los múltiples cursos sobre ciencia-ficción que se dictan en las universidades norteamericanas. Posteriormente, la autora ha publicado varias novelas más y un buen número de relatos, uno de los cuales es la novela corta The World for Worlds is Forest, que le hizo ganar su segundo Hugo en 1973. Úrsula K. Le Guin es, también, autora de una serie de novelas de fantasía destinadas a la juventud. Una de estas novelas cortas, The Farthest Shore recibió el National Book Award en 1973.

De regreso de mi semana de vacaciones en el campo, me tocó en suerte, a mi lado en el autobús, un hombre de unas características especialmente extrañas. Durante algún tiempo no nos hablamos. Yo iba remendando unas medias y él leía. Pero el autobús sufrió una avería unos cuantos kilómetros antes de llegar a Gresham. Recalentamiento del radiador, como suele ocurrir cuando los conductores de esos viejos autobuses se empeñan en ir a más de cincuenta kilómetros por hora. Se trataba de un Supersonic Superscenic Deluxe de largo recorrido, con motor de carbón, con comodidades caseras, lo que significaba que tenía un lavabo y unos asientos bastante confortables, con la excepción de aquellos que ya se habían soltado de sus goznes. Cuando ocurrió la avería todos los pasajeros se quedaron dentro del autobús, entre otras cosas porque llovía fuertemente. Comenzamos a hablar de la forma como suele hacerlo la gente cuando ocurre una interrupción y debe esperar. Tomó el librito que estaba leyendo y lo cerró. Era un hombre de movimientos secos, con el aire de un profesor universitario o algo parecido, sobre todo en la forma de utilizar sus manos. Se dirigió a mí, sin más preámbulos, y me dijo:

—Es muy interesante lo que estoy leyendo: un nuevo continente está surgiendo del seno del mar.

Mi tarea de zurcido de las medias azules dejó de ser una barrera útil. Tampoco las medias eran útiles para nada más, pues parecían casi un colador de tantos agujeros como ya tenían.

—¿De qué mar?

—No están muy seguros todavía. La mayor parte de los especialistas creen que se trata del Atlántico. Pero hay algunas pruebas que parecen indicar que también podría ser el Pacífico.

—¿No estarán, en ese caso, demasiado apretados esos Océanos? —pregunté, sin atreverme a tomarlo muy en serio. Yo estaba un tanto malhumorada debido a la avería y porque aquellas medias inservibles eran muy calientes.

Golpeó suavemente con su mano el librito y dijo con mucha gravedad:

—No, de ninguna manera. Los viejos continentes se van sumergiendo para abrir paso a los nuevos. Ya verá cómo es eso lo que ocurre.

En efecto, eso era lo que estaba sucediendo. No, no cabía la menor duda, sobre todo teniendo en cuenta que la isla de Manhattan estaba a tres metros ya bajo el nivel de las aguas con marea baja y había bancos de ostras en la Plaza de Ghirardelli.

—Creo —dije— que eso se debe a que los Océanos están subiendo de nivel como consecuencia de la fusión de los hielos polares.

El hombre movió de nuevo la cabeza.

—Ése es uno de los factores y se debe al efecto de recalentamiento por la -polución. No cabe duda de que América se volverá una región inhabitable. Sin embargo, los factores climatológicos no pueden explicar el surgir de los nuevos continentes, o mejor dicho el resurgir de los viejísimos continentes en el Atlántico y el Pacífico.

Siguió explicándome sus ideas sobre el resurgir de los continentes, pero a mí me gustó la idea de la inhabitabilidad de América y durante un tiempo estuve soñando despierta en lo que esto significaría. Me imaginé una América muy vacía, muy tranquila, plena de calma, toda ella blanca y azul con un débil brillo dorado hacia el Norte, procedente del surgir del sol detrás de la elevada cumbre del Monte Erebus. Muy poca gente quedaba allí; sólo algunas personas tranquilas, de fracs y pecheras blancas; en una orquesta de oboes y violas. Por el Sur el terreno blanco se extendía silenciosamente hacia el Polo.

Justamente lo contrario de lo que ocurría realmente en la zona del desierto del Monte Hood. Mis vacaciones habían sido realmente fatigosas. Las otras mujeres con las que compartí el dormitorio colectivo fueron agradables y correctas, pero nos habían servido macarrones para el desayuno y los deportes organizados fueron excesivos. Yo había hecho una excursión a las colinas de la Reserva del Bosque Nacional, el mayor de los bosques que aún seguía existiendo en los Estados Unidos, pero los árboles no tenían, ni mucho menos, el aspecto que mostraban en las tarjetas postales y en los folletos propagandísticos del Departamento Federal de Conservación de las Bellezas Naturales. Eran muy altos y delgados y había muy pocos indicios de quienes los habían plantado. Abundaban allí, por el contrario, las mesas verdes para los *picnics* y las «señoras» y «caballeros», más que los árboles. Había una cerca eléctrica en torno a la reserva que impedía la entrada a toda persona no autorizada. El guardián de la reserva nos habló de los arrendajos de la montaña, «pequeños ladrones atrevidos» capaces de arrebatarse de las mismas manos de los turistas los sándwiches que se estaban comiendo. La verdad es que yo no vi ninguno de esos pájaros, quizá porque el día de mi visita era el día de la semana dedicado al Plato Único, el Día de la Vigilancia para todas las mujeres contra el exceso de calorías y no llevábamos ningún bocadillo. La verdad es que si yo hubiera visto un arrendajo hubiese sido yo quien le arrebatara el sándwich de su propio pico. De todos modos había sido una semana exhaustiva que me hizo desear haberme quedado en casa, aun cuando hubiera perdido una semana de sueldo pues quedarse en casa practicando la viola no se reconoce como descanso incluido en la planificación de las vacaciones recreativas pagadas, tal y como las establece la Unión Federal de Uniones.

Cuando regresé de mi expedición mental a la Antártida, el hombre había vuelto a enfrascarse en la lectura de su folleto y tuve ocasión de ver su título: *Aumento de la eficiencia en las Escuelas de preparación de contables*. Pude ver, también, un párrafo que se puso al alcance de mi vista y comprobé que allí no se decía nada en absoluto sobre nuevos continentes surgiendo de las profundidades de los océanos. ¡Nada en absoluto!

Posteriormente tuvimos que descender del autobús y encaminarnos a pie a Gresham, una vez que se decidió que lo mejor que podíamos hacer era dirigirnos a las Líneas de Transportes Públicos de la Zona del Gran Portland, dado que se habían producido tantas averías que la compañía de autobuses charter ya no disponía de más coches de reserva para enviar uno a buscarnos. Hicimos el camino bajo la lluvia, y con bastante niebla, excepto cuando pasamos por la Montaña Comunal del Frío. Se había levantado una valla en torno a ella para evitar que entraran personas no autorizadas y había además un letrero de neón de gran tamaño en el que se leía: montaña comunal del frío. A lo largo de

la carretera se veían algunas personas con *jeans* y ponchos vendiendo cinturones, candelabros de arcilla y collares de semillas destinados a los turistas. En Gresham, yo tomé el Tren Volante Superset gparptl 230 a Burnside y el Este y después transbordé al 217 y tomé el autobús para el Paso de Goldschmidt y volví a transbordar al metro subterráneo, que también sufrió una avería, de manera que no llegué al punto de transbordo en la ciudad baja hasta las ocho menos diez. Los autobuses salían de allí a cada hora en punto de manera que hube de conformarme con una hamburguesa sin carne en la cafetería de la Steak House de Longhorn y tomé el bus de las nueve que me dejó en casa a eso de las diez. Cuando entré en el apartamento, apreté los interruptores de la luz pero aún no había corriente. Había habido un corte de luz en Portland Occidental que duró tres semanas. Así que me dirigí a buscar unas velas en la oscuridad y pasó un minuto, más o menos, hasta que me di cuenta de que había alguien echado en mi cama.

Me asusté y traté, de nuevo, de encender la luz. Era un hombre estirado a todo lo largo de su cuerpo delgado. En principio pensé que se trataba de un ladrón que había entrado de un modo u otro durante mi ausencia y, por quién sabe qué circunstancia, había fallecido allí. Abrí la puerta de modo que en caso necesario pudiera salir rápidamente o, al menos, que mis gritos pudieran ser oídos. Después me las arreglé para no temblar tanto como para no poder encender una cerilla y la vela. Y me acerqué un poco a la cama. El hombre no estaba muerto. La luz le molestó. Produjo una especie de ronquido que brotó difícilmente de su pecho y movió la cabeza. Al principio pensé que se trataba de un extraño, pero poco después me pareció reconocer la forma de sus cejas y sus párpados cerrados. Seguidamente me di cuenta de qué se trataba de mi esposo.

Se despertó por completo mientras yo estaba de pie, junto a s la cama con la vela en la mano. Sonrió y medio dormido aún me dijo:

—¡Oh, Psique, de las regiones que son Tierra Santa!

Ninguno de los dos hicimos demasiado escándalo. Era algo inesperado pero parecía para él tan natural encontrarse allí, al fin y al cabo mucho más natural que no estar. Además se hallaba demasiado cansado para sentirse emocionado. Nos quedamos acostados juntos en la oscuridad y me explicó que le habían dado de alta del Campo de Rehabilitación antes de tiempo porque se había lesionado la espalda en un accidente en la cantera de arena y tenían miedo que su lesión empeorara. Si se moría allí se produciría una campaña publicitaria muy desagradable y molesta en el extranjero, donde ya corrían muchos rumores sobre las muertes por enfermedad que ocurrían en los Campos de Rehabilitación y en los Hospitales de la Asociación Médica Federal; había muchos científicos en el extranjero que habían oído hablar de Simón desde que se publicaron en Pekín sus pruebas sobre la hipótesis de Goldbach. Debido a ello lo dejaron salir anticipadamente con ocho dólares en el bolsillo, la misma cantidad que tenía cuando lo detuvieron, lo que era señal de juego limpio. Había hecho el viaje desde Coeur d'Alene, Idaho, andando y en autostop, con un descanso de dos días en la cárcel de Walla Walla por haber sido sorprendido haciendo autostop. Casi se quedó dormido contándome esto y acabó por dormirse después de habérmelo contado. Necesitaba un buen baño y cambiarse de ropa pero no quise despertarlo. Además yo también estaba cansada. Estábamos acostados uno al lado del otro y su cabeza descansaba en mi brazo. No creo haber sido jamás tan feliz como me sentía en esos momentos. Pero, ¿era felicidad? Quizás era algo distinto, más amplio y más oscuro, más parecido al conocimiento, al saber, más parecido a la noche: alegría.

Durante mucho tiempo continuó la oscuridad; mucho tiempo. Después llegó el frío, un frío extenso, pesado e inmóvil. Ni siquiera nos podíamos mover. No nos movimos. No hablamos. Nuestras bocas permanecieron cerradas, apretados los labios por el frío y su peso. Nuestros ojos también estaban apretados, cerrados. Nuestros miembros seguían inmóviles, rígidos. Nuestras mentes también. ¿Durante cuánto tiempo? No había longitud

de tiempo. ¿Cuánto dura la muerte? ¿Está uno muerto sólo después de haber vivido o también antes de haber nacido? Ciertamente que pensamos, si es que llegamos a pensar algo, que estábamos muertos, pero lo cierto era que si alguna vez habíamos estado vivos, lo habíamos olvidado.

Se produjo un cambio. Lo primero en cambiar debió ser la presión, aun cuando nosotros no lo supimos. Los párpados se hicieron sensibles al tacto. Hasta entonces tuvieron que mantenerse cerrados. Cuando la presión se debilitó los párpados se abrieron. Pero no había posibilidad para nosotros de saberlo. Hacía demasiado frío para que pudiéramos notar nada. Y no podía verse nada. Todo estaba negro.

Pero entonces —«entonces» en el tiempo creado para el caso, creado antes y después, cerca y lejos, ahora y entonces— «entonces» se hizo la luz. Una luz. Una luz pequeña y extraña que transcurría lentamente sin que pudiéramos decir a qué distancia. Pasó un pequeño punto de radiación blanco-verdusca parpadeando ligeramente.

Ciertamente, nuestros ojos estaban abiertos «entonces», puesto que lo vimos. Vimos el momento. El momento es un punto de luz. Tanto en la oscuridad como en el campo de todas las luces, el momento es pequeño y se mueve, aunque no lo hace rápidamente. Y, «entonces» desaparece.

No se nos ocurrió que podría haber otro momento. No había razón alguna para suponer que fuera a haber más de uno. ¡Uno era ya maravilla suficiente: que en todo el campo de la oscuridad, en ese campo frío, pesado, denso, inmóvil, sin tiempo, sin lugar, negro sin límites, una vez hubiera surgido una luz parpadeante y móvil! El tiempo sólo tiene que ser creado una única vez, pensamos.

Pero estábamos equivocados, ha diferencia entre uno y más de uno es toda la diferencia del mundo. Y, naturalmente, la diferencia es él mundo.

La luz volvió.

¿La misma luz u otra? No había nada que lo indicara.

Pero, «en esta ocasión» nos interrogamos sobre el origen de la luz y su naturaleza: ¿Era pequeña y próxima a nosotros o, por el contrario, grande y lejana? Tampoco ahora había nada que nos lo indicara. Ningún punto de referencia; no obstante sí había algo en la forma como la luz se movía, una especie de vacilación, una cualidad tentativa que no parecía propia de algo lejano, remoto y grande. Como las estrellas, por ejemplo. Comenzamos a recordar las estrellas.

Las estrellas jamás habían vacilado.

Tal vez la noble certidumbre de su camino orbital había sido un simple efecto de la distancia. Tal vez, en realidad, habían explotado salvajemente, fragmentos enormes incandescentes de una bomba primaria lanzada a través de la oscuridad cósmica; pero el tiempo y la distancia suavizaban cualquier agonía. Si el universo, como todo parecía indicar, comenzó con un acto de destrucción, las estrellas que acostumbábamos a ver no nos contaban su historia. Siempre se mantuvieron implacablemente serenas.

Sin embargo los planetas... Comenzamos a recordar los planetas. Éstos si habían sufrido cambios en su apariencia y en su curso. En determinadas épocas del año, Marte tomaba la dirección opuesta y parecía marchar hacia atrás entre las estrellas. Venus era más o menos brillante según estuviera en sus fases creciente o menguante, llena o nueva. Mercurio temblaba como una vacilante gota de lluvia resbalando sobre el cielo en los amaneceres. La luz que ahora estábamos observando tenía esa cualidad errática y cambiante. La veíamos, inconfundiblemente, cambiando de dirección, retrocediendo. En esos momentos se estaba debilitando, parpadeaba... ¿un eclipse? Y, lentamente, desapareció.

Lentamente... pero no con la suficiente lentitud para ser un planeta.

Entonces —el tercer «entonces»— se produjo la indudable y positiva Maravilla del Mundo, el Truco Mágico. ¡Miradla ahora! ¡No creeréis a vuestros ojos! Madre, madre, ¿qué puedo hacer?

Siete luces en fila sucediéndose rápidamente con movimiento de flecha de izquierda a derecha. Procediendo menos rápidamente de la derecha a la izquierda dos luces verdosas amortiguadas. Dos luces que se paran, cambian su dirección, marchan apresuradamente y en forma de onda de la izquierda a la derecha. Siete luces que aumentan su velocidad y nos alcanzan. Dos luces que relampaguean desesperadamente, parpadean y desaparecen.

Las otras siete luces permanecen quietas, inmóviles, como colgadas del cielo; después se vuelven a reunir para formar una sola, viran alejándose y poco a poco se desvanecen en la inmensa oscuridad.

Pero ahora, en la oscuridad, están formándose otras luces: muchas de ellas son lámparas, puntos, líneas luminosas, osciladores... Algunas tan cerca que parecen al alcance de la mano, otras lejanas. Parecen estrellas, pero no son estrellas. Lo que estamos viendo no son las grandes Existencias sino sólo las vidas pequeñas.

Por la mañana Simón me dijo algo con respecto al Campo, pero no hasta después de haberme hecho controlar mi apartamento por si me habían colocado micrófonos ocultos. Al principio me extrañó mucho su conducta, que juzgué caprichosa y pensé que se estaba volviendo paranoico. Jamás habíamos estado espiados así. Y yo llevaba ya un año y medio viviendo sola; era seguro que ellos no querrían escucharme hablando conmigo misma.

Pero Simón me dijo:

—Quizá suponían que iba a venir a verte.

—¡Pero si te han dejado en libertad!

Él siguió echado a mi lado y me sonrió. Le hice caso y miré por todas partes, en todos los rincones que se me ocurrió. No pude encontrar ningún micrófono pero parecía como si alguien hubiera estado registrando de pasada los cajones del escritorio, mientras yo estaba fuera, en el Desierto. Los documentos y papeles de Simón estaban todos en casa de Max, así que la cosa no tenía importancia. Hice un poco de té y lavé y afeité a Simón con el agua caliente que quedó en la olla... Simón tenía una barba espesa y quería quitársela porque los piojos del Campo habían anidado en ella... Mientras yo lo afeitaba me estuvo hablando del Campo. Realmente no me contó demasiadas cosas, pero tampoco era necesario.

Había perdido casi diez kilos de peso, y como normalmente pesaba sólo unos sesenta y cuatro la verdad es que no le quedaba mucho. Los huesos de las rodillas y las costillas se marcaban bajo la piel, como rocas. Tenía los pies hinchados y llenos de rozaduras causadas por las botas del Campo. En los tres últimos días que estuvo caminando para llegar a casa no se atrevió a quitárselas por miedo a no poder volver a ponérselas. Cada vez que tenía que moverse o sentarse, o alzarse para que yo pudiera lavarlo bien, cerraba los ojos a causa del dolor.

—¿Es cierto que estoy aquí? —preguntaba incrédulo—. ¿Aquí, en casa?

—Sí —le dije—. Estás aquí. Lo que no comprendo del todo es cómo has podido llegar.

—No era tan terrible en tanto que no me detenía. Lo único que hay que hacer es seguir andando y esto no es tan difícil cuando se sabe adonde se va, cuando se tiene algún lugar adonde ir. Debes saber que hay gente en el Campo que si los dejaran no se irían porque no sabrían dónde ir. Para mí las cosas eran diferentes y lo único que tenía que hacer era seguir caminando. Ya ves que he llegado. Y mi espalda ya está casi curada.

Cuando se levantó para ir al cuarto de baño se movía como si fuera un anciano de noventa años. No podía mantenerse erguido, sino encorvado como un jorobado. Le ayudé a ponerse ropa limpia. Cuando volvió a meterse en la cama dejó escapar un gemido de dolor. Yo empecé a poner orden en la habitación, quitando de en medio mi equipaje. Me pidió que me sentara a su lado y me dijo que seguramente acabaría por ahogarlo si seguía llorando.

—Vas a inundar todo el continente norteamericano —me dijo bromeando.

Añadió algunas cosas más, no recuerdo exactamente qué, pero sé que acabé riéndome a carcajadas. Es difícil recordar las cosas que Simón me dijo, pero hacía muchísimo tiempo que no me reía así. Cuesta trabajo no reír cuando Simón se pone simpático. No es solamente cuestión de cariño, sino un don especial suyo. Simón puede hacer reír a cualquiera aunque dudo que lo haga intencionadamente. Se trata simplemente de que la mente de un matemático trabaja de modo distinto a la de las demás personas. Y cuando los demás ríen sus ocurrencias, eso les agrada.

Era extraño y es extraño, el verme pensando en «él», en el hombre que había conocido diez años antes y con quien había convivido tanto tiempo, mientras estaba echado en la cama, allí, a mi lado y totalmente irreconocible de tanto como había cambiado. Un hombre totalmente diferente. Esto basta para justificar por qué algunos idiomas tienen una palabra como «alma». Hay varios grados de muerte y el tiempo no nos evita ninguno de ellos. Pero hay algo que sobrevive a todos estos grados y es esto lo que exige una palabra así.

Le dije lo que hacía año y medio que no había sido capaz de decir:

—Tuve miedo de que te hicieran un lavado de cerebro.

—Esa operación es muy costosa. Incluso contando solamente el precio de las drogas que se necesitan, así que la reservan para los personajes más importantes. Algún tiempo temí que acabarían por darse cuenta de que yo también era importante. En los últimos meses sufrí muchos interrogatorios. Sobre todo se me interrogó acerca de mis «contactos en el extranjero». Supongo que se referían a mis libros publicados en otros países. De modo que tengo que ir con cuidado si quiero que la próxima vez no sea sólo un Campo sino un Hospital Psiquiátrico Federal...

—Simón... ¿fueron crueles, duros, contigo?

Tardó un rato en responder. Estaba claro que no deseaba hacerlo. Sabía lo que le estaba preguntando. Sabía también que aún seguía la espada pendiente sobre nuestras cabezas.

—Algunos de ellos —dijo por fin en un murmullo.

Algunos de ellos habían sido crueles. Algunos habían disfrutado haciendo su trabajo de verdugos. No puede culparse a todos por igual, comunitariamente.

—Me refiero tanto a los guardianes como a los presos —dijo.

No hay que culpar sólo a los enemigos de todo lo malo.

—Algunos de ellos, Belle —repitió con energía, tomando mi mano—. También había allí algunos hombres como si fueran de oro...

Las presiones eran violentas, no podía resistirse a ellas tan fácilmente.

—¿Qué has tocado últimamente? —me preguntó.

—Forrest, Schubert.

—¿Con el cuarteto?

—Ahora sólo es un trío. Janet se ha marchado a Oakland con un nuevo amante.

—¡Ah, pobre Max!

—No importa demasiado. Janet no era una buena pianista.

Yo también, e igualmente sin quererlo, le hice reír a Simón. Estuvimos hablando hasta que se hizo la hora de marcharme al trabajo. Mi turno, desde la Ley de Empleo Total del año pasado, es de diez a dos. Trabajo como inspectora en una fábrica de reaprovechamiento de bolsas de papel. Hasta ahora no he tenido que rechazar ni una sola, pues el inspector electrónico descubre cualquiera defectuosa antes de que lleguen a mí. Se trata de un trabajo deprimente, aburrido, pero dura sólo cuatro horas al día y se necesita más de ese tiempo en pasar por todos los trámites y exámenes médicos, físicos y mentales, rellenar los formularios y hablar con los consejeros sociales y los inspectores cada semana si uno quiere ser clasificado como parado y, después, hacer cola cada día para conseguir los cupones de racionamiento y el subsidio de paro. Simón pensó, igualmente, que aquel día debía ir a trabajar como de costumbre. Yo traté de hacerlo así

pero me resultaba muy difícil. Me di cuenta de que su frente ardía cuando lo besé al marcharme, así que en vez de irme a trabajar me fui a buscar una doctora del mercado negro. Me había sido recomendada por una compañera de trabajo en la factoría para el caso de que necesitara un aborto sin tener que pasar por el trance de los dos años de drogas contra los deseos sexuales que se obligan a tomar a toda mujer después de que se le hace un aborto por los médicos oficiales. Esta doctora trabajaba también como vendedora en una tienda de compraventa de la calle Alder y mi amiga me había dicho que en caso de que no se dispusiera de dinero en el momento de necesitar sus servicios, uno podía dejar cualquier cosa de valor en empeño hasta que se pudiera pagar. Generalmente nadie disponía de suficiente dinero en metálico y, como es lógico, las tarjetas de crédito no podían ser usadas en el mercado negro.

La médico se mostró dispuesta a venir inmediatamente a casa, de modo que regresamos juntas en el autobús. Ella se dio cuenta de inmediato que Simón y yo estábamos casados y me hizo gracia ver su reacción, y cómo nos observaba, sonriendo como una gatita. Hay gente que se complace en la ilegalidad sólo por sí misma. Los hombres más que las mujeres. Son los hombres los que hacen las leyes y obligan a cumplirlas; y también quienes las rompen con mayor frecuencia. Creen que todo eso es maravilloso. Las mujeres, por su parte, preferirían dejar a un lado todo ese teatro. Pero en el caso de la médico, uno podía ver que disfrutaba violando la ley como si fuera un hombre. Era posible que fuera simplemente el placer que le causaba romper la ley lo que le había hecho dedicarse a actuar en la clandestinidad. Pero eso no era todo. No cabía duda de que aunque ella hubiera querido doctorarse legalmente, la Asociación Médica Federal no admitía mujeres en sus Facultades de Medicina. Posiblemente ella había estudiado clandestinamente con alguno de aquellos médicos que tenían discípulos privados. Así había estudiado Simón matemáticas, dado que las universidades sólo enseñaban Administración de Negocios, Publicidad y Ciencias de la Información.

Pero independientemente del lugar donde la mujer hubiera estudiado, estaba claro que conocía su profesión. Construyó una especie de muletas caseras de manera bastante diestra y le dijo a Simón que si no guardaba reposo casi absoluto durante los dos meses siguientes acabaría por convertirse en un inválido permanente, pero si se comportaba bien durante ese tiempo tal vez llegaría a reponerse. Éstas no son palabras capaces de producir agrado, pero a pesar de todo nos sentimos aliviados. Al tiempo de marcharse me entregó una botellita sin etiqueta alguna que contenía unas doscientas píldoras blancas.

—Aspirina —me dijo—. Tendrá muchos dolores durante un par de semanas.

Me quedé mirando la botella con sorpresa. Jamás en mi vida había visto una aspirina; sólo el Quita-Dolores-Superamortiguado y el Triple-Potente N.L.G-Zic, así como la Aspaprin Extra-Fuerte, el ingrediente milagroso que recomiendan la mayor parte de los médicos y que recetan los médicos oficiales. Esas recetas deben ser visadas por la Asociación Federal de Médicos y con ellas puede comprarse a bajo precio en las pequeñas farmacias privadas. Los precios son determinados por el Departamento de Alimentación Pura y Drogas, para fomentar la investigación competitiva.

—Aspirina —repitió irónicamente la médico—. El ingrediente milagroso que recomiendan la mayor parte de los médicos.

Me dedicó de nuevo aquella sonrisa de complicidad. Pienso que le habíamos caído bien porque vivíamos en pecado. La botella de aspirina del mercado negro, valía ya de por sí mucho más que el brazalete indio que había dejado en pago de sus servicios.

Salí de nuevo para registrar a Simón como domiciliado temporalmente en mi casa y solicitar las raciones de alimentación de los Parados Temporales. Sólo se conceden estos billetes para un máximo de dos semanas y hay que ir a recogerlos a diario. Pero, por otra parte, para registrarlo como Inútil Temporal para el Trabajo había necesidad de contar con la firma de dos médicos oficiales y pensé que de momento era mejor no hacerlo. Se necesitaban tres horas para hacer cola, conseguir los formularios que Simón debería

rellenar y responder a las estúpidas preguntas insidiosas de por qué no acudía él en persona. Los funcionarios siempre sospechan lo peor. Claro está que no les resulta fácil a las autoridades probar que un hombre y una mujer están casados y no cometen adulterio si se cuenta con la ayuda de algunos amigos que os registren como residente en su casa; pero nosotros teníamos ya una ficha completa en sus archivos y se nos venía considerando sospechosos desde hacía ya bastante tiempo. Realmente el Estado se había complicado demasiado las cosas. Estaba claro que las actuales leyes eran mucho más difíciles de hacer cumplir que las anteriores, cuando el matrimonio era legal y lo que se castigaba era el adulterio. Entonces no tenían más que sorprenderte con quien no fuera el cónyuge legal. Estoy convencida, sin embargo, que antes las gentes faltaban a la ley al menos con la misma frecuencia que ahora lo hacemos nosotros.

Las criaturas-linterna por fin se acercaron lo suficiente como para que pudiéramos ver no sólo su luz, sino también sus cuerpos iluminados por sus luces. No puede decirse que fueran unas criaturas bellas. Tenían un color oscuro, la mayor parte rojo oscuro y no eran más que una boca. Se devoraban unas a otras, luces tragándose a otras luces y todas ellas tragadas en la inmensa boca de la oscuridad. Se movían lentamente pues nada, por pequeño y hambriento que esté, puede moverse rápidamente bajo ese peso y en ese frío. Sus ojos, redondos y llenos de miedo, no se cerraban jamás. Sus cuerpos eran pequeñitos y huesudos tras las enormes quijadas siempre abiertas. Llevaban adornos y condecoraciones extrañas y feas en sus labios y cráneos: flecos, orlas, hierbajos semejantes a plumas, aretes charros, chapas, espejuelos, señuelos. ¡Pobres pequeñas ovejas de los más profundos pastizales! ¡Pobres enanos harapientos, jorobados, exprimidos hasta los huesos por el peso de la oscuridad, helados hasta la médula por el frío de la oscuridad, pequeños monstruos ardiendo de hambre consumidora, que nos hicieron volver a la vida!

Ocasionalmente, en la difusa y escasa iluminación de una de esas criaturas-linternas, podían verse momentáneamente otras siluetas grandes e inmóviles; una simple sugestión: lejos en la distancia, no había nada sólido, pero sí una superficie o un ángulo... ¿Estaba allí?

O algo se deslizaba, suavemente, lejos, abajo No servía de nada tratar de averiguar de qué se trataba. Probablemente era sólo una mancha de sedimento, barro o mica, agitado por la lucha entre las criaturas-linternas, que brillaba como polvo de diamante que se eleva un poco para posarse, después, lentamente. De todos modos no podíamos movernos para ir a ver de qué se trataba. No disponíamos siquiera de la estrecha libertad de las criaturas-linternas. Estábamos inmovilizados, como clavados, sombras inmóviles entre aquellos semi-adivinados muros de sombra. ¿Estábamos allí?

Las criaturas-linternas no daban muestras de advertir nuestra presencia. Pasaban ante nosotros, entre nosotros, tal vez incluso a través de nosotros, no podía saberse con seguridad. No daban señales de miedo ni de curiosidad.

En una ocasión algo un poco mayor que una mano llegó arrastrándose hasta muy cerca y por un momento vimos con toda distinción el ángulo donde surgía el pie del muro en el pavimento al resplandor pálido de la criatura que se arrastraba, cubierta por un espeso follaje de plumas y cada una de ellas manchada de puntitos de luz azulada muy pequeños.

Vimos la parte del pavimento cercano a la criatura y el muro a su lado, conmovedores con su exactitud, su clara linealidad, su oposición a todo lo que fuese fluido, amplio, vacío y fortuito Vimos las garras de la criatura, saliendo y retractándose, como dedos pequeños y rígidos tocando el muro. Su plumaje de luz temblaba; se deslizó por un momento para desvanecerse seguidamente tras la esquina del muro.

Por eso supimos que el muro estaba allí; que era un muro exterior, tal vez una fachada, o el lado de una de las torres de la ciudad.

Recordamos las torres. Recordamos la ciudad. Las habíamos tenido olvidadas. Habíamos olvidado quiénes éramos, pero ahora recordábamos ya la ciudad.

Cuando regresé a casa el FBI ya había estado allí. El computador de la comisaría de Policía donde registré la estancia de Simón en mi casa, es decir, su nueva dirección, debió haber mandado de inmediato su mensaje al computador de la central del FBI. Habían estado interrogando a Simón durante casi una hora principalmente sobre cómo había empleado el tiempo en esos doce días que tardó desde la salida del Campo hasta Portland. Supongo que pensaban que había podido hacer un vuelo a Pekín o algo semejante. Por suerte le vino a favorecer la detención que tuvo en Walla Walla cuando lo sorprendieron haciendo autostop. Me dijo Simón que uno de los agentes había ido al cuarto de baño y, como podía esperarse, encontré allí un micrófono que el agente escondió en el quicio de la puerta. Lo dejamos porque pensamos que era mejor tenerlo, sabiéndolo, que no quitarlo y actuar con la seguridad de que no había ninguno sin saber a ciencia cierta si no había otro colocado en quién sabe qué sitio. Como dijo Simón, si alguna vez sentíamos la necesidad de decir algo antipatriótico no teníamos más que tirar de la cadena del water al mismo tiempo.

Yo poseía una radio de pilas —había muchos días en que el trabajo se paralizaba por falta de energía eléctrica, y otros en los que el agua tenía que ser hervida, y cosas semejantes, así que resultaba necesario poseer una radio para ahorrarse pérdidas inútiles de tiempo y evitar el riesgo de morir de fiebres tifoideas— y lo conecté mientras preparaba una sopa en la cocinilla portátil. El locutor de las noticias de las seis de la All-American Broadcasting Company decía que en Uruguay se estaba a punto de conseguir la paz y que había visto al ayudante confidencial del presidente sonreírle a una rubia con la que se tropezó al salir de la 613 conferencia en las negociaciones secretas que se estaban llevando a cabo en una villa de las afueras de Katmandú. La guerra en Liberia iba por buen camino; el enemigo anunciaba que había derribado diecisiete aviones norteamericanos, pero por su parte el Pentágono afirmaba que habían sido ellos los que habían derribado veintidós aviones y que la capital —he olvidado su nombre y además no había sido habitable en los últimos siete años— estaba a punto de ser reconquistada por las fuerzas de la libertad. La actuación de la policía en Arizona también había constituido un éxito. Los insurgentes Neo-Abedul en Phoenix no podían seguir resistiendo mucho tiempo más la acción combinada y poderosa del Ejército y las Fuerzas Aéreas dado que les había sido cortado el suministro clandestino por parte de los Weathermen en Los Ángeles. Vino después un anuncio de unas cartas de crédito y un comercial del Tribunal Supremo: «¡Lleve sus problemas legales a los Nuevos Hombres Sabios!» Seguidamente se anunciaron las subidas de algunas tarifas y un informe sobre la Bolsa que se había cerrado con un aumento de dos mil enteros y otro anuncio del agua enlatada del Gobierno U.S. con una atractiva melodía como fondo del siguiente texto: «No se preocupe al bebería / no es tan sana como piensa. / ¿Sabe lo que debo hacer? / ¡Del agua fría, pura del Gobierno Americano beber!», con tres voces de soprano coreando armónicamente el último verso. Entonces, precisamente en el momento en que las pilas del aparato empezaban a dar muestras de desfallecimiento y las voces se perdían, el locutor comenzó a decir algo sobre el emerger de un nuevo continente.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—No he podido oírlo —dijo Simón.

Estaba acostado con los ojos cerrados y el rostro pálido y sudoroso. Le di dos aspirinas antes de comer. Él no comió mucho y se quedó dormido mientras yo lavaba los platos en el cuarto de baño. Me hubiera gustado tocar un poco, pero una viola es un instrumento demasiado ruidoso para ser tocado en un apartamento de una sola habitación mientras alguien duerme, así que decidí leer un rato. Se trataba de un *bestseller* que había dejado Janet al marcharse. Ella creía que se trataba de una obra excelente, pero también le

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

